

éstas últimas, desalentado, para trazar algunos renglones más".

"A lo menos en las salvajes riberas del Dagua, el bramido de sus corrientes, arrastrándose a los pies de mi choza, iluminada en medio de las tinieblas del desierto, me avisaba que él velaba conmigo!"

Estas palabras enternecedoras prueban que Isaacs en las páginas de su novela, había vertido todo el sentimiento de un amor temprano. En su poema *Ten Piedad de Mí* parece advertirse que se trata de un amor, de una ilusión perdida, de un vago ensueño que tantos hemos llorado. No resisto al deseo de transcribir aquí el tan conocido poema, hermano espiritual de la novela y de la página *Leyendo a María*:

*Señor! Si en sus miradas encendiste
este fuego inmortal que me devora,
y en su boca fragante y seductora
sonrisas de tus ángeles pusiste;*

*Si de tez de azucena la vestiste
y negros bucles; si su voz canora,
de los sueños de mi alma arrulladora,
ni a las palmeras de tus selvas diste*

*Perdona el gran dolor de mi agonía
y déjame buscar también olvido
en la tinieblas de la tumba fría.*

*Olvidarla en la tierra no he podido,
¿Cómo esperar podré si ya no es mía?
¿Cómo vivir, Señor!, si la he perdido?*

Todo este proceso sentimental parece bien claro.

Isaacs cantó sus primeras emociones y cantó el imponderable paisaje nativo. Es pues un poeta nacional; un positivo poeta caucano. Se han empeñado en judaizar a Isaacs y no puede haber un temperamento más definitivamente colombiano! Fué hombre ardoroso, como hijo del trópico. Tomó parte en las luchas armadas de Colombia y en las luchas políticas, con el amor y valentía de un hombre de raza española. En lo sentimental, hemos probado en otro trabajo que se publicó hace años en una edición dominical de *El Tiempo*, su ascendencia napolitana (Scarpetta Roo), ascendencia común a otras inteligencias prestantes de Colombia. En él, pues, se dieron la mano influencias raciales muy diversas y como él muchos otros poetas caucanos que no tenían nada de hebreos, han cantado el paisaje nativo!

Ahora también, otro escritor destructor, lanza la idea de que *María* simboliza a la muchacha hebrea y no a las pudibundas y castas muchachas del Cauca de aquellos días! Al fin nada va a quedarnos del poeta y su obra. Y todos que siempre hemos visto allá en el Cauca, una *María* en cada novia de los primeros años!

"Vuela tú, entristecida alma mía, dice el

En *San Juan de Puerto Rico*
consigue Ud. la suscripción a
este semanario con:

A. VICENTE & Co.

P. O. Box 241

En *Caracas*, la consigue con:

Doña CELIA DE MADURO

Apartado 481.

SI usted necesita un libro que no tengamos se lo pediremos inmediatamente. Estamos en conexión directa con los mejores distribuidores y editoriales del mundo



SAN JOSE

COSTA RICA

poeta desde la soledad de su choza del Dagua. Cruza las pampas, salva las cumbres que me separan del Valle natal. ¿Cuán bello debe estar ahora entoldado por las gasas azules de la noche!

"Ciérnete sobre mis montañas; vaga otra vez bajo esos bosques que me niegan sus sombras...!"

Qué sublime invocación ésta del poeta! Viene ella a los labios de uno; sale del fondo del corazón. Y este hombre tan sentimental, con

impulsos guerreros, que se vió envuelto en la metralla de los odios políticos, sintió también la amargura de la hostilidad mezquina de gentes mediocres!

Dejemos en paz a Isaacs y su obra. Su gloria es nuestra gloria. Por encima de cuantas necedades se han dicho, ha sido él un auténtico representativo de nuestra raza y de nuestro pueblo!

ENRIQUE NARANJO M.

Boston, noviembre 30 de 1941.

De la vida en la costa

(Folklore guanacasteco)

(En el Rep. Amer.)

La parte más occidental de la Península de Nicoya, después de Sta. Elena, es la punta llamada Morro Hermoso. Es una rama de la cordillera de Sardinal que se interna en las aguas serenas del Pacífico y forma una costa escarpada que el flujo y reflujo de las olas va desmoronando y convirtiendo en suave y movediza arena fina. Este cerro es importante porque de él se habla mucho en las vecindades: tiene minas de manganeso, según lo delatan sus rocas orilleras que han dado arena color de carbón y a ello se debe el nombre de la "Playa del carbón", que se extiende al Sur; ricos cedros, pochotes, maderos, cocobola, guachipelín, brasil, etc., crecen en sus faldas; además, los venados, zahínos, monos de varias clases, el puma, el tigre, varias clases de aves marinas y de tierra firme pueblan el bosque.

Los habitantes humanos de la costa saben muy bien, que cuando va a haber temporal, se oye un ruido especial en las rehojas del cerro, algo así como si estuviese en ebullición el agua de una descomunal caldera. "Es peligroso en este caso aventurarse por sus faldas en busca de caza, porque de un momento a otro, ya lo saben, se desata la lluvia y la tormenta."

Las gentes comentan así mismo que, "en tiempo santo", es decir, en la Cuaresma, es peligroso aventurarse por esos lugares. Se cuentan sucesos extraordinarios, de los que no se conocen ni fechas ni nombres y que van transmitiéndose de generación en generación con su sabor peculiar de vida costera.

—Muchos se han perdido en ese cerro; se quedan encantados. Una vez sucedió que habiendo ido un muchacho de doce años a pastorear unas vacas por los ojochales en cosecha, le salieron unos chiquitos vestidos de rojo tocando pito (dulzaina), le dieron uno al muchacho y se lo llevaron a sus viviendas en las rehojas, quedándose ahí para siempre encantado por los duendes, que son los que se presentan en forma de niños vestidos de rojo con

zapatitos dorados. Todos los vecinos se reunieron y durante una semana buscaron al pastor dicho, pero no hallaron rastro alguno de su paradero, mas como se sabe que hay duendes, no cabe duda de que ellos se lo llevaron y de que ahí permanece aún, pues los que están encantados no mueren.

—En otra oportunidad sucedió que por las vecindades del cerro vivía una señora ya entrada en años, quien tenía una hija casada y que vivía a unos dos kilómetros de ella. Contiguo a la casa de la viejita había un maíz en elote ya, y corría una quebrada. La señora se había traído un nietecito de dos años para que la acompañara.

Una mañana en que la abuela había madrugado más de lo corriente, sucedió que al venir las claras del día oyó un ruidal en la milpa, algo así como si una partida de caballos corriendo desbocados troncharan las matas. Como era "tiempo santo" tuvo temor, pero luego de haberse santiguado varias veces, corrió hacia la milpa atojando los perros, ¡jule! ¡jule! ¡jule! Y cuál no sería su sorpresa al llegar y no encontrar daño alguno? Ni una mata quebrada, ni ruido, ni nada. Hasta que se le erizó el pelo a la pobre señora, y con la misma dio la vuelta llamando los perros: ¡tú! ¡tú! ¡tú! para darse valor. Entró al aposento para ver si se había despertado el niño y... "Santo Cristo de Esquipulas", exclamó, donde estará mi criatura? —Busca, busca y busca por todos los rincones de la casita y nada. Como loca tomó el camino de la otra casa y por suerte se topó al yerno o sea al papá del niño, que venía a dejarle unas almejas, un pedazo de jurel y huevos de tortuga, para su comidita en "los días grandes". (Semana Santa). La viejita le contó la desaparición del niño y, él, muy serio replicó: "A ese muchacho hay que buscarlo cerro arriba, estamos en tiempo santo y los duendes andan sueltos". En efecto, trepó por unos peñascos, cruzó zarzas y bejucales y en eso oyó, cerro arriba, el llanto de un niño como alejándose; enton-